

En memoria de Julio Landgrave Romero

Alejandro Anaya Huertas, hijo de Alejandro Anaya Durand, nuestro querido maestro, trató de aliviar la pena de su padre por la muerte de Julio Landgrave, compañero de mi generación y alumno también de Alejandro, escribiéndole este profundo mensaje.

Andoni Garritz

Le recordaremos como un ser que irradiaba serenidad en quienes tuvimos la fortuna de conocerle. Fue consumido físicamente por el cáncer, pero se dice que en el momento de la muerte, la expresión creativa de nuestra alma deja de estar supeditada al cuerpo físico, el mundo de lo imaginario queda libre y todo lo que contemplamos —como si fuera algo externo— no es más que la imagen de nuestra propia alma. Todo lo que vemos es la luz, el incomparable, radiante, espléndido, primordial e incondicionado resplandor de nuestra propia dignidad.

Swami Muktananda dijo:

Un día el cuerpo dejará de existir. En este mundo todo lo que viene también se va. Pero el Ser no muere. El Ser interior es eterno e intercambiable. La muerte no puede alcanzarlo. La Verdad suprema mora en mi interior; la llama de la Verdad suprema resplandece y brilla dentro de mí. Esa luz es el Ser.

La dignidad inherente al Ser... transpersonal y eterna en toda su luminosidad... porque eternamente, y siempre, no existe más que una única y misma dignidad que, como el presente, no tiene final alguno.

En *La muerte en Venecia*, de Thomas Mann, uno de los cuentos más perfectos jamás escritos y que cincela en el mármol la luz al final del camino, se dice:

Otra vez se detuvo para contemplar el mar. De pronto, como si lo impulsara un recuerdo, bruscamente, hizo girar el busto y miró hacia la orilla por encima del hombro. El espectador estaba sentado tal como entonces, cuando por primera vez, desde aquel umbral, se había cruzado con la suya esa mirada de un gris crepuscular. Su cabeza, reclinada contra el respaldo del sillón,

andaba siguiendo el movimiento del que caminaba allá fuera. La levantó, al encuentro de aquella mirada, pero de pronto la dejó caer inclinada sobre su pecho, de modo que los ojos miraban desde abajo hacia arriba, mientras su cara iba adquiriendo la expresión relajada e intensamente ensimismada de un profundo sueño. Le parecía como si, allá afuera en el mar, el pálido y amable conductor de almas le dirigiera una sonrisa, un gesto; como si, separando la mano de su cadera, la levantara indicando lo lejano adonde le precedía, flotando hacía la inmensa y prometedoramente lejanía. Y, como tantas veces antes, se preparó para seguirlo. Minutos pasaron antes que se prestara ayuda a quien se había desplomado en su silla, inclinado suavemente hacía un lado. Lo llevaron a su habitación, y aquel mismo día un mundo respetuosamente conmovido recibió la noticia de su muerte.

Papá, no tengas duda que tu entrañable amigo murió en paz, tal como él había vivido sus últimos años. Posiblemente, entre sus pensamientos finales transitaron en alemán aquellas conmovedoras últimas frases de *La Canción de la Tierra*. El final es un punto en el infinito y en sus versos, los últimos que Mahler puso en música, la Tierra sostiene al Ser por última vez:

El sol se hunde tras la montaña
A los valles desciende la tarde con su
penumbra helada...
...¡Oh amigo mío, la fortuna no ha sido
buena conmigo en este mundo!
¿Que a dónde voy? Me voy, erraré por las
montañas, buscando el descanso de mi corazón
solitario. Caminaré por mi terruño, a casa.
Nunca he de ir muy lejos.
Mi corazón está sereno; espera ya su hora.
La tierra amada en todas partes florece en
primavera, y se renueva.
Eternamente en todas partes, la luz azul
resplandece en el horizonte.
Eternamente...eternamente...